

Louvier C., Juan: LA CRUZ EN AMERICA (*)

Con motivo de la aproximación de la fecha de la conmemoración del V centenario del descubrimiento de América están apareciendo numerosos trabajos que nos evocan el acontecimiento desde diferentes perspectivas y opiniones.

Lo que fue la mayor gloria de España ha querido presentarse por algunos —y no faltan entre ellos clérigos necios— como una vergüenza histórica y nacional. A deshacer esa leyenda negra del odio y el resentimiento antiespañol y anticatólico contribuirá sin duda muy eficazmente el pequeño libro que ahora comentamos. Que «pretende proporcionar una visión de conjunto sobre la historia de la Iglesia en América y los enormes beneficios recibidos de ella».

Su breve consideración de las civilizaciones precolombinas nos parece exactísima y puede resumirse, con Vasconcelos, en que «no puede ser civilización la que levanta monumentos como los toltecas y mayas pero practica el canibalismo y los sacrificios humanos». Y concluye Louvier: las civilizaciones prehispánicas tan variadas no alcanzaron a conocer el uso de la rueda, el vidrio, la escritura fonética y otras muchas cosas, pero el problema principal no estaba en ese atraso técnico que quizá con el tiempo hubiesen podido superar; el problema fundamental estribaba en las costumbres indígenas que producía un estado de postración moral, impidiendo a todos su realización como seres humanos.

A ese mundo llegó España en 1492 y con ella la Cruz. En 1511, cuando aun no habían pasado veinte años del descubrimiento, ya había obispados en América. Evidentemente no fue todo perfecto y Louvier no rehúye enfrentarse con los temas más controvertidos de nuestra epopeya americana: la encomienda, la polémica lascasiana, la Inquisición... Pero, como bien dice, «los abusos que se cometieron, fueron realizados a pesar de las intenciones y leyes, tanto de la corona como de la Iglesia, y si las crueldades cometidas no era nada nuevo en los pueblos indígenas, si lo fueron las voces de protesta que pusieron remedio a la tropelías y disminuyeron los abusos». Y así fue. Los nombres de Fray Juan de Zumátraga, de Fray Julián Garcés, de Fray Bartolomé de las Casas, con toda su vehemencia y sus exageraciones, y de muchos otros son una gloria de la Iglesia y de España en su lucha por el reconocimiento de la dignidad de los indios.

(*) Ediciones de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, 1990, 124 págs.

Nos parecen particularmente acertados los párrafos que dedica a Las Casas, padre de la *leyenda negra* sobre el genocidio de los indios. Nadie duda hoy de la inmensa exageración que puso el dominico en toda su denuncia. Pero dice mucho en favor de España que su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* se publicase en Sevilla y que Carlos V siempre le hubiera protegido pese a testimonios como el de aquella gran figura eclesial que fue Motolonía, verdadero padre de los indios, que llegó a escribir al monarca: «Yo me maravillo como V. M., y los de vuestros consejos, han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e inoportuno y bullicioso y pleitista; en hábito de religión tan desasosegado, tan mal criado y tan injuriador y perjudicial y tan sin reposo».

El epígrafe sobre la Inquisición, pese a lo conciso del mismo, lo creemos excelente. Esta es su conclusión: «Quizá la Inquisición no fue lo más adecuado, ni lo más recomendable para las sociedades del Nuevo Mundo, pero debe juzgársele por lo que hizo, y no por los cuentos y leyendas que en torno suyo han hecho».

El regalismo borbónico y la expulsión de los jesuitas son tratados en el capítulo XI bajo el epígrafe de *El pecado de la Corona española*. Suscribimos absolutamente cuanto en él se dice salvo en hacer a Aranda gran maestro de la masonería española. Pero este es un detalle accidental que nada menoscaba las tesis del autor. Espléndida también la breve caracterización de la Iglesia de la Independencia. Que llega hasta la *teología de la liberación*.

Excelente libro pues, de facilísima lectura, que hará que aquellos en cuyas manos caiga puedan comprender el verdadero papel que la Iglesia y España desempeñaron en América. Y nuestra patria, que fue la que llevó y plantó *la Cruz en América* se siente orgullosa del tal gesta.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA.

**Ayuso Torres, Miguel: LA OBRA DE VICENTE MARRERO
VISTA POR LA CRITICA (*)**

No hay mejor modo de calibrar el influjo y la importancia de un autor que conocer lo que otros han escrito sobre él y su

(*) Fundación Mutua Guanarteme-Real Sociedad Económica de Amigos del País. Las Palmas de Gran Canaria, 1989, 174 págs. + fotografías.